



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

**“MUNDO Y FILOSOFÍA EN EL S. XXI: DENUNCIA QUE CLAMA POR UNA
REVOLUCIÓN EN EL CONTENIDO Y LAS FORMAS DE DIVULGACIÓN DE
LA CRÍTICA FILOSÓFICA CONTEMPORÁNEA”**

T E S I N A

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADO EN FILOSOFÍA

P R E S E N T A:

ERICK DANIEL RODRÍGUEZ ARBESÚ

ASESOR:

DR. ALBERTO RUIZ

Ciudad Universitaria, Cd. Mx., 2017



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

A LA VIDA

POR DARME CONDICIONES, TALENTOS Y OPORTUNIDADES
QUE APROVECHAR Y DESARROLLAR

A MI MADRE

POR SU AMOR, COMPRENSIÓN, PROCURACIÓN Y VISIÓN
ABNEGADOS, INCONDICIONALES E INFINITOS

A MIS MAESTROS

POR SU VOCACIÓN PARA FORMARME E INSTRUIRME A
TRAVÉS DE SU SABIDURÍA

A LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

POR SER UN IMPERECEDERO, GENEROSO, PÚBLICO E
INVALUABLE BALUARTE DE CULTURA, FORMACIÓN E
INSTRUCCIÓN PARA QUIEN BUSCA AUTORREALIZARSE
PROFESIONALMENTE

A ALINE

POR SU PACIENCIA Y APOYO INAGOTABLES

A MI HIJO

POR SER MI MÁXIMA INSPIRACIÓN Y MOTIVACIÓN

“Por mi raza hablará el espíritu”

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

PÁG.:

CAPÍTULO I

DE LA TECNIFICACIÓN DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO Y LA REDUCCIÓN DE LAS HUMANIDADES.....7

CAPÍTULO II

PERSPECTIVAS DE LOS EFECTOS DE LA TECNIFICACIÓN DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO Y LA REDUCCIÓN DE LAS HUMANIDADES EN EL INDIVIDUO Y LAS SOCIEDADES.....15

CAPÍTULO III

DEL IMPACTO DE LOS MEDIOS MASIVOS DE COMUNICACIÓN EN LA ESTRUCTURA PSÍQUICA DE LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA.....24

CAPÍTULO IV

DE LA TAREA DEL FILÓSOFO FRENTE AL MUNDO CONTEMPORÁNEO Y LOS MEDIOS Y DE CÓMO ÉSTOS COADYUVAN A DETENTAR EL *STATU QUO*.....33

CONCLUSIONES.....41

BIBLIOGRAFÍA.....47

HEMEROGRAFÍA.....49

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo nace de la preocupación y el malestar que surgen en mí como practicante de filosofía al arrostrar el mundo contemporáneo.

Mi neurosis proviene de la frustración por encontrar mi vocación por las humanidades coartada ante un mundo homologado por la hegemonía de la tecnología y la industria, por tener que doblegarme ante dicho mundo que menosprecia las humanidades para poder entrar en su juego, en sus engranes y ganarme la vida haciendo algo distinto a lo que me apasiona. Me enfada, me da mucho coraje buscar empleo con un título de licenciado en filosofía y encontrar una oferta laboral tan escasa y mal pagada que me impide medrar fuera de la academia.

Planes o programas como las tesis de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) sobre la educación y su proyecto *Definition and Selection of Competencies* (DeSeCo), los planes Bolonia y Tuning, la Reforma Integral de la Educación Media Superior (RIEMS) en México y los recortes presupuestales para los departamentos de humanidades en las universidades de Estados Unidos, Gran Bretaña y España,¹ por mencionar sólo algunos países en donde se marca la tendencia global a desplazar, diluir y virtualmente extinguir las humanidades, ergo, la filosofía, con planes de estudio que han sido impuestos para implementar e instituir una educación homologada a favor de la técnica y el sistema de producción-demanda *globocolonizante* o mínimo confinarlas a círculos y esquinas ultra especializados y exquisitos, dejan ver que, sobre todo en términos de la filosofía, este mundo las desprecia.

Particularmente respecto a la filosofía, la desprecia porque quienes detentan el poder (la oligarquía tecno-industrial, los medios de comunicación y el gobierno oficial) no necesitan de un detractor, sino de filas masivas de trabajadores dóciles y obedientes.

¹ G. V. Lozano, Reflexiones sobre la situación actual de las humanidades y la Filosofía, en www.cecies.org/imagenes/edicion_485.pdf, marzo del 2013, pp. 1-9.

Los mismos que detentan el poder y sostienen el *statu quo* que define al mundo contemporáneo no la eliminan de tajo porque hacerlo sería incompatible con su imagen de tolerancia, respeto, civilidad y aprecio por las diversas expresiones de las artes y humanidades, por lo tanto sería inconveniente para la imagen de benefactores, de encarnación de la evolución intelectual y espiritual del hombre que necesitan para conservarse donde están. Por eso quieren preservarla, pero desdentada y muda. Mientras la filosofía no haga apología del sistema, es innecesaria. Mientras no produzca y venda, es inútil. Si lo denuncia, es inconveniente, por tanto su enemiga y debe ser eliminada.

En cuanto a las humanidades se refiere, sólo el arte o el deporte que sirven a la industria del entretenimiento son bien remunerados. En su defecto, el deportista y máxime, el artista, deben abrirse paso hasta hallar un reducido pero suficiente segmento que aprecie su talento o su obra para poder medrar. Pero el filósofo enfrenta un escenario mucho más complicado aún, porque la filosofía no brinda placer ni entretenimiento, ni es un producto o servicio industrializado que pueda formar parte de la vorágine de los procesos de oferta y demanda creados y reproducidos por el sistema capitalista post-liberal.

Por otro lado, son los propios filósofos quienes con su apatía han coadyuvado al marasmo actual de la filosofía. Con su cómodo enclaustramiento académico han sido cómplices de su asesinato y coautores de su fantasmagórica y decadente figura. La ineptitud de los filósofos para elegir los fenómenos políticos y sociales del momento como temas sobre los que oportunamente discurrir, cuando menos a lo largo de los últimos cuarenta años, su ineptitud para actualizar los medios para hacerlo y la apatía con la que lo han hecho, han colocado a la filosofía en la situación precaria donde hoy se ve, ignorada e incluso despreciada. La filosofía se enfrenta primero a sí misma antes que al mundo, teniendo que hacer cambios en su qué y en su cómo para poder volver a tener voz y estar en él, en el lugar en el que se le necesita y que, quizá también, históricamente merece.

El resultado de lo anterior es que en un mundo que se precia de culto y civilizado, que se jacta de intelectual, racional y humanista, que clama apreciar las máximas expresiones humanas, impera un orden en el que no hay cabida para el razonamiento crítico, para la filosofía y por ende, quien es filósofo, lo es sólo por la gloria de serlo.

Este mundo capitalista y tecnófilo determinado por la industria me pone furioso, pero lo que más me irrita es ver que no hay un poder antagónico con la suficiente fuerza o peor aún, carente del suficiente interés para criticar corrosivamente el *statu quo* e incomodar con ello a quienes lo controlan y a la sociedad que vive bajo él.

El objetivo de este trabajo es analizar y denunciar este escenario para finalmente dar algunas propuestas con el cometido de hacerle frente desde la trinchera de la filosofía. No hablo de revoluciones ramplonas ni mucho menos de aplastar y revertir implacable e inmediatamente el *statu quo*, sino de hallar eco, que es un inicio.

Para dicho objetivo, expongo lo siguiente: la tecnificación sufrida por el mundo y sus efectos sociales desde la Revolución industrial con el liberalismo y el capitalismo, es decir, los mecanismos y efectos de la ley imperante de oferta y demanda que decide qué, cómo, quién y cuándo ha de producirse algo, qué es útil y qué no lo es, convertida en el sistema hegemónico que como *statu quo* es modo de vida, metas, aspiraciones, valores y satisfactores que constituyen la noción de la teleología humana en la conciencia colectiva, la ilusión de que este estado de las cosas es el mejor, es decir, lo que a mis ojos debe cambiar (capítulos I y II). La psique del individuo (blanco de la nueva filosofía) y, por extensión, de las masas, de cara a los medios de comunicación (capítulos III y IV) y, finalmente, por qué los medios de difusión masiva son el enemigo (como parte de la oligarquía mediático-industrial) junto con el gobierno oficial así como la paradoja de que constituyan a su vez la única vía para poder empoderar y posicionar a la nueva filosofía (capítulo IV).

CAPÍTULO I

DE LA TECNIFICACIÓN DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO Y LA REDUCCIÓN DE LAS HUMANIDADES

Si se considera a la tecnología como el conjunto de teorías y técnicas que permiten el aprovechamiento práctico del conocimiento científico, entonces no debe hablarse de la técnica sino de las técnicas, que quedan a su vez incluidas dentro de la tecnología como particulares o propias de cada ciencia. Para efectos de este trabajo y su desambiguación, los términos tecnología, técnica o cualquiera que haga alusión a ellas, operan indistintamente.

La tecnología es un producto del intelecto y habilidades humanas, luego, es tan humana como cualquier otra actividad. Pero si la actividad productiva es colocada por encima de todas las demás actividades, entonces aparece el *tecnocentrismo* que este trabajo critica.

Si no es la tecnología en sí misma el origen de los problemas que han aparecido vinculados al desarrollo tecnológico en el devenir del mundo y de las sociedades, ¿qué los ha generado? Hay que buscar la respuesta en un cambio básico de actitudes y de ideas sobre el papel y lugar de las tecnologías en la vida de los seres humanos. ¿Qué originó este cambio? Por lo menos está claro que no ha sido generado sólo por el desarrollo tecnológico. Además del desarrollo tecnológico debe señalarse cierta mentalidad que llevaría a una modificación en la manera de entender la tecnología. Las primeras expresiones de esta mentalidad se descubren hacia el siglo XVII. Debe mencionarse de manera especial al renacentista tardío Francis Bacon, con su utopía tecnológica, una proclama de fe en la técnica como instrumento tanto del conocimiento de la realidad como de la transformación de la naturaleza para la edificación de una sociedad ideal.¹ A partir de entonces irá creciendo esta tendencia que desembocará finalmente en una aproximación muy difundida hoy en día que puede llamarse “mentalidad tecnologista”.

¹ Cfr. P. Rossi, *Los filósofos y las máquinas 1400-1700*, España, Labor, 1970, p. 170.

Esta mentalidad lleva a que todo sea juzgado y valorado teniendo a la tecnología como parámetro y paradigma. Se produce una absolutización de la actividad productiva que conduce a que se pierda el sentido de los fines morales. Lo que sucede entonces es que se da, simultáneamente, la aparición de una máxima explotación de los medios y una máxima perversión de los fines. La gran meta reside en rehacer el mundo a la medida de la racionalidad tecnológica.

La utopía tecnológica se presenta como el gran horizonte a partir del cual todo se reordena, de tal suerte que la filosofía, cuyo caso es de particular interés para este trabajo, pero como el resto de las humanidades, se encuentra nuevamente en una situación de vida o muerte, porque al igual que antes de Kant y a pesar de que él la rescatara probando que las ciencias y el modo de conocer de éstas son objeto de estudio exclusivo de la filosofía, las ciencias y la mentalidad tecnologista ven a la filosofía como la gran usurpadora o intrusa de los terrenos del conocimiento, que se presenta con la autoridad de un ser omnisciente que, al parecer de ellas, no tiene terreno, objeto ni método de estudio propios en realidad ² y, peor aún, tampoco sentido o utilidad algunos en la actualidad.

A mayor crecimiento de las ciencias y de la tecnología, mayor pérdida del terreno de la filosofía, por eso la filosofía necesita de un nuevo territorio donde afianzarse, de lo contrario, sólo le queda fundirse con ellas o doblarse a las necesidades de los tiempos, hoy por hoy, claro está, necesidades mercadológicas. Más que de un territorio donde afianzarse, primero se trata de cómo. La filosofía debe actualizarse y adecuarse al mundo frente a ella.

La mentalidad tecnologista ha encontrado el caldo de cultivo ideal en el debilitamiento de una perspectiva ética y religiosa, que se viene dando en el mundo actual. En los países de Occidente se suma el proceso de descomposición de las sociedades tradicionalmente cristianas y se convierte en uno de los factores que generan el clima relativista y funcional que ha venido ganando terreno en estos tiempos.

² Cfr. K. Fischer, Historia de los orígenes de la filosofía crítica, en Immanuel Kant, *Crítica de la razón pura*, México, Colofón, 1989, pp. 33-54.

Así pues, la mentalidad tecnologista se manifiesta como la convicción de que la tecnología es tanto la máxima expresión del hombre como su esencia misma, que la tecnología no puede estar errada precisamente porque el desarrollo tecnológico es sinónimo de progreso y bienestar, más aún, son una y la misma cosa, que eventualmente llevarán a la utopía tecnológica: la técnica por sí misma termina por probar que es la cumbre del saber y del quehacer humanos, a la vez que es la panacea para todo problema de la vida humana, por lo que todo error en el camino será un mal necesario, un daño colateral, alcanzando la tecnología el punto en el que el hombre no tendrá que intervenir más siquiera, sino que ella lo resolverá todo proactiva, exponencial e inductivamente, es decir, autónomamente, como se desea con la inteligencia artificial.

El ser humano se convierte entonces en algo sustituible, como son sustituibles todos los medios tecnológicos. Es claro que la persona puede ser útil de muchas maneras que no ofenden su dignidad, como un obrero, por ejemplo. Pero también debe ser claro que no debería ser reducida a un mero ser útil, porque el universo de discurso de la condición humana abarca muchas más cosas que la utilidad para una cadena de producción en el mercado de oferta y demanda. Pues si esto ocurre, como está ocurriendo hoy día, su valor sólo existe en tanto tiene alguna utilidad con relación a algún proceso, programa u objetivo. El hombre se concibe a sí mismo y a la sociedad como medios técnicos, pierde de vista los fines morales, se anula en la potencia de los productos de la técnica que se vuelven, junto con ella, fines en sí mismos.³

Con todo esto se va perdiendo la dignidad de la persona, al tiempo que se reduce su vida a un simple valor instrumental o funcional para la sociedad o los diferentes intereses en juego –cada cual, el Estado, el mercado o la tecnología misma, lo definen en función de sus metas y programas, es decir, de sus propios intereses-. Se comprende así que se pretenda implementar determinadas soluciones técnicas para resolver diversos problemas que aparecen, pero perdiendo al ser humano en el camino, al ser sensible, reflexivo, artista y deportista.

³ Cfr. G. Reale, *Historia del pensamiento filosófico y científico*, Tomo III, Madrid, Herder, 1995, p. 495.

En una sociedad que rinde culto a la rentabilidad, el hombre queda desamparado. Esto es así porque la situación de los seres humanos en el proceso de la cultura se ha funcionalizado y tecnificado, es decir, se ha industrializado. La vida ha sido troquelada por el pensamiento calculador, el pensamiento capitalista y, en consecuencia, el destino fatal de esta época, es el olvido del ser. Ése es el peligro del mundo en el que vivimos.

El secularismo ilustrado con su compromiso a favor de la autodeterminación tiene gran cuota de responsabilidad en la actual situación del mundo. Los filósofos del Siglo de las Luces completaron el ideal humanista de la ciencia y la naturaleza al servicio del hombre, iniciado por Descartes y Bacon, desarrollando la idea de un progreso continuo en la historia que tenía en perspectiva la idea de la acumulación de conocimientos, de un progreso constante de la razón que liberaría a la humanidad de la ignorancia, resolvería sus problemas materiales y le permitiría vivir con mayor bienestar.⁴

Irónicamente, lo escrito por los filósofos ilustrados contribuiría al clima de optimismo que rodeó a la primera Revolución industrial antes de que ésta produjera sus propias utopías. De tal forma acompañó a los logros técnicos alentados por el humanismo moderno un entusiasmo creciente que llegó a su clímax en el siglo XIX. Sin embargo, el siglo XX dio paso a críticas cada vez más duras dirigidas unas veces a la técnica, otras a la ciencia que la sustenta y otras incluso a la concepción humanista que a ambas orientó en su desarrollo. Pues si estos adelantos cimentaron un desarrollo económico e industrial cuyos beneficios en algunos aspectos son innegables, tampoco podemos negar que este desarrollo creó, por otro lado, nuevos problemas. Dichos problemas han sido en algunos casos más graves y numerosos que los resueltos.

⁴ Cfr. J. R. Santander, “Desarrollo moderno y nihilismo”, en *Elementos*, BUAP, No. 38, Vol. 7, junio-agosto, 2000, p. 10.

Al someter la tierra a una explotación desenfrenada, los seres humanos han causado, por una parte, una disminución sostenida de las materias primas, de agua potable y de los recursos naturales no renovables a la vez de una contaminación creciente del medio ambiente, provocando la desaparición de especies y un grave desequilibrio en los ecosistemas. Por la otra, nuevas enfermedades propias de la sociedad industrial así como explosión y movimientos demográficos que originan inmensas concentraciones poblacionales de las que forman parte desocupados, necesitados y marginados. Esas concentraciones urbanas constituyen una masa de individuos no sólo explotables inescrupulosamente sino también manipulables por medios masivos de comunicación movidos por afán de lucro o al servicio de intereses políticos.⁵

El rasgo principal de la tecnología es que no está limitada por nada, se extiende a todos los campos abarcando todas las actividades humanas.⁶ La técnica se ha convertido en el lazo de unión entre los seres humanos. Con ella pueden entrar en contacto, máxime a través de la imagen, quienes sean, dondequiera, sin importar su lengua, su religión ni su raza. Ella es para la vida y la muerte, el lenguaje universal que suple diferencias y separaciones. En relación a esto dice J. Ellul: “geográfica y cualitativamente, la técnica es universal en sus manifestaciones. Por necesidad y por naturaleza, tiende a ser universal. No puede ser de otra manera, porque depende de la ciencia, que aspira también a lo universal, y porque ella se convierte en el lenguaje que comprenden casi todos los hombres”.⁷

La fe popular en la tecnología, fomentada por empresas, gobierno y medios de comunicación, inspira una preferencia sobrecogedora hacia las profesiones y hacia sus promesas de liberación mientras desvían la atención de asuntos más urgentes.⁸

⁵ *Ibidem.*

⁶ Cfr. H. J. Meyer, *La tecnificación del mundo*, Madrid, Gredos, 1966, p. 368.

⁷ J. Ellul, *El siglo XX y la técnica*, España, Labor, 1960, p. 122.

⁸ Cfr. D. F. Noble, *La religión de la tecnología*, España, Paidós, 1999, p. 250.

La tecnología es un poder que parece no tener freno porque tiene a su favor a la opinión pública, que está orientada hacia ella. Los fenómenos técnicos interesan e impresionan a los seres humanos de hoy más que cualquier otro. La máquina ha conquistado el cerebro y el corazón del hombre medio. Más aún, el ser humano se ha convertido en objeto de la técnica, convirtiéndose en su propia substancia. Por lo que ella no se sitúa frente al humano sino que se integra a él y poco a poco lo absorbe, como sucede con la robótica, la realidad virtual, la automatización de los procesos, la telefonía celular, Internet y las redes sociales.

El hombre promedio ha quedado reducido a muy poco, tan sólo a un engrane más entre los millones de engranes de la industria, a un súbdito más del orden formulado por los medios de información, el gobierno oficial y la industria misma. Su porción de autonomía y de iniciativa individual es cada vez menor. Es violentado y oprimido en su vida, en su pensamiento y en sus acciones por ese orden. Sin freno moral, social ni político, la tecnología se ha empoderado a tal grado que lo único valioso es su quehacer. Nada valen las humanidades. Sólo la tecnología y sus productos son positivos y por eso ellos son los únicos que deben o tienen la prerrogativa de modelar al mundo.

Permitiéndome partir de la definición de positivismo como la postura filosófica que fija al método científico y, por ende, a la comprobación de las hipótesis a través de los sentidos, como el único medio para alcanzar el conocimiento auténtico o verdadero, establezco así una analogía con lo que llamo *positivismo industrial*, el cual reduce al ser humano a su valor funcional para la industria y la sociedad medido en términos de ganancias monetarias por producción y compra-venta, es decir, en términos de productos tangibles o no pero que en cualquier caso pueden convertirse en datos cuantificables de ganancia, es decir, productos positivos. Mientras más funcionalizados se hallan los seres humanos, más calculable será su conducta y los procesos de la sociedad. Luego, el ser humano es calculable y manipulable en la medida en la que se halla funcionalizado. Este positivismo (el industrial) mantiene un orden social basándose en la supresión de la autonomía del individuo y en la funcionalización de la persona.

En un mundo así, únicamente tiene justificación la existencia del ser humano colectivo, calculable, capaz de funcionar con fluidez y vinculado íntegramente al sistema. Dicho sistema ha arrebatado a los individuos las particulares posibilidades de desarrollo de su persona por la radical funcionalización de la sociedad.

La consecuencia sociopolítica del positivismo industrial es la tecnocracia, es decir, la hegemonía basada en la total objetivación y funcionalización del mundo, en las cuales, la naturaleza así como las artes y disciplinas que no están intervenidas por la objetivación científico-matemática y las relaciones humanas inmediatas, son soslayadas a favor de una total racionalización industrial del ente.

La afición por la tecnología se ha convertido en una obsesión que no conoce barreras, alcanzando ya todos los aspectos y terrenos de las actividades humanas. Para una época hechizada por el poder de la técnica sólo es posible concebir la realidad cuando se le reduce a lo calculable y tecnificable. Esta reducción no sólo aplica al mundo sino también al ser humano. El peligro al que nos ha precipitado la era de la técnica es la total cosificación de las relaciones de los seres humanos entre sí y frente al universo. Es el peligro de muerte en el que nos encontramos en la cultura moderna: el de la total reducción de la vida y sus posibilidades.

Es necesario recordar la pérdida de intimidad a partir de la creciente socialización de la vida, el fanatismo, el individualismo, el narcisismo, la frivolidad, el desenfrenado culto al yo y la personalidad, la hambrienta necesidad de reconocimiento ante la falta de identidad y definición del propio yo, el cientificismo, la tecnolatría, la generalización de la tendencia a la funcionalización –o lo que es lo mismo, al abandono de actividades abstractas y creadoras a favor de tareas concretas y productoras, despersonalizadas, no creadoras. Porque si no se halla una función concreta para uno dentro del mecanismo de producción y demanda de este mundo capitalista, es como si ese uno no existiera. También es necesario recordar que para decir que el mundo en el que vivimos es un mundo corrompido y perverso, debemos observar la alianza entre la tecnología y los poderes del Estado.

Por otro lado, el mundo está cada vez más sometido al poder de palabras que han sido despojadas de su significado original, términos como libertad, persona, democracia, se emplean de forma masiva y demagógica y se convierten en palabras consuetudinarias y retóricas. Evocando estas cuestiones es como podemos ver el amañamiento del mundo.

Ante la transmutación de los valores, entendemos por qué encajan en este mundo las nociones de función y rendimiento. En el mundo industrializado, el hombre ya no es más una persona, cumple la función de máquina, de medio y no de fin. Es asimilado por la máquina y se cuantifica su rendimiento.

En síntesis, el mundo de hoy es el mundo de la industrialización peyorativa y enajenada, en la que el individuo y la vida misma quedan alienados en la vorágine de la estructura mercadológica de oferta y demanda característica del capitalismo. Ante su hegemonía y la tecnificación exponencial que la retroalimenta, se transmutan los valores trascendentales por el materialismo y la fatuidad que subsanan la crisis de identidad y el patológico sentido de pertenencia y de superioridad en una sociedad egoísta que ingenua y patéticamente se recluye y reconforta en un sentimiento de seguridad que en realidad es falso, provisto por la solución de sus necesidades perentorias y la tenencia de sus bienes materiales. Eso es lo único que importa hoy, lo único que parece existir y lo único por lo que vivir y morir.

CAPÍTULO II

PERSPECTIVAS DE LOS EFECTOS DE LA TECNIFICACIÓN DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO Y LA REDUCCIÓN DE LAS HUMANIDADES EN EL INDIVIDUO Y LAS SOCIEDADES

La falta de compromiso ético caracteriza a la era tecnológica. Ello debe entenderse como la absoluta indiferencia por la valoración filosófico-moral de los actos y sus consecuencias, no sólo ampliamente observada en la política, la economía y la industria, sino también en el individuo, la familia y la sociedad, que han cerrado el horizonte de sus posibilidades a la reflexión ética, yendo así hacia el agotamiento de las restricciones morales sin poder detener su fatal deriva. Así, el liberalismo moral de la era tecnológica se ha enseñoreado disfrazándose de vanguardia intelectual y de evolución moral, cultural y espiritual.

Para tomar distancia del malestar al que hemos llegado quienes reflexionamos estos fenómenos que se nos presentan, sólo queda pensar meditativamente y con serenidad, sólo queda contrarrestarlos filosóficamente, como advirtió Albert Camus tanto en *El mito de Sísifo* como en *La caída*. El diagnóstico de nuestra época y su pronóstico los realizaron con profunda lucidez filósofos como Edmund Husserl (*Invitación a la fenomenología, Renovación del hombre y de la cultura*), Martin Heidegger (*Ser y tiempo*), Gabriel Marcel (*Los hombres contra lo humano, La condición del intelectual en el mundo contemporáneo, Filosofía para un tiempo de crisis, Decadencia de la sabiduría, El mundo quebrado*), Karl Jaspers (*La filosofía*), Maurice Merleau-Ponty (*Elogio de la filosofía y otros ensayos, Signos*), Hans Jonas (*El principio de responsabilidad*), por citar algunos. Ellos denunciaron mordazmente las devastaciones causadas por el pensar calculador. La denuncia de estos pensadores anticipó los estragos a los que han llevado los fanatismos, el consumismo, la técnica, el mundo funcionalizado que con su espíritu de abstracción lleva al mismo hombre contra las capacidades humanas que habitan en él y lo distinguen de las máquinas.

El progreso tecno-científico ha sido siempre convenientemente presentado por los industriales, comerciantes y sus socios del sistema gobernante como sinónimo de desarrollo económico y social, incremento del bienestar general y de la calidad de vida, expansión y perfeccionamiento de la supremacía técnica sobre el universo y el potencial humano, en pocas palabras, como sinónimo de evolución. Es decir, el progreso tecno-científico es puesto como panacea y meta, como una cuestión enteramente benigna. Eso es falso, pues dicho progreso es y ha sido, a todas luces, ambivalente: nos ha permitido sobrevivir y medrar como especie sí, pero está destruyendo al planeta, extinguiendo a otras especies, polarizando a las sociedades, esclavizando, enajenando e industrializando a los individuos en función de las cadenas de producción y del mercado, despojándolos de su singularidad, alienándolos y, finalmente, borrando su memoria cultural e histórica. Entonces, paradójicamente, también nos ha acercado a la extinción. Es curioso que la odisea técnica del hombre haya comenzado con el fuego, que si no es cuidado y manejado escrupulosamente, puede hacer arder al mundo entero, pues exactamente lo mismo ocurre con el progreso tecno-científico. Después de todo, quizá sea ésa la moraleja del mito de Prometeo: que no fue castigado por haber robado el fuego a los dioses del Olimpo ni por haber empoderado a los hombres con él, sino por haberlo puesto en las manos equivocadas.

Todos estos caracteres nos permiten ver que la técnica no es lo que debe ser. La técnica debe estar al noble y puro servicio de la humanidad, no enajenarla, esclavizarla ni mucho menos sustituirla. Por eso el ser humano se ha convertido a la vez en su medio y en el objeto de su deseo, pero ha dejado de ser su fin. Se ha acoplado a la máquina y no se le ve desesperado por liberarse de ella. Si lo hiciese, ello sería un testimonio de que la técnica le provoca incomodidad. Por el contrario, el no vérselo así evidencia el carácter de ídolo que ésta posee hoy. La técnica es ahora un poder que carece de freno. El ser humano está perdiendo sus ilusiones y su asombro y no percibe que lo que ha estado creando no es un instrumento de libertad, sino nuevas cadenas. La fascinación actual que hombres y mujeres sienten respecto a la tecnología merece especial atención cuando nos damos cuenta de que la creencia generalizada sobre la técnica es que ella perfecciona la vida, la personalidad, las aspiraciones y el modelo social.

La máxima aspiración de la sociedad tecnológica e industrial, de acuerdo con sus valores transmutados, parece ser la realización de todo lo que hasta ahora ha planteado la ciencia ficción como una advertencia. Así pues, tenemos la paradoja de que dicha sociedad rinde culto como meta y fuente de inspiración a la ciencia ficción que ha sido su detractora en tantas ocasiones. Tomando una idea, una crítica de la ciencia ficción en contra del enfoque tecnológico o de ciertas aplicaciones tecnológicas y transformándola a su favor al convertirla en un producto de engañosa utilidad inmediata, a la postre la tecnología ha terminado y terminará por darle la razón a quien la denunció en primer lugar, la ciencia ficción, con los males causados. Es una especie de cinismo inmune, de deseo de lo prohibido, de hacer lo que se nos ha dicho que no debe ser hecho.

Los que dedican su trabajo al desarrollo de la inteligencia y la vida artificiales, del panoptismo, de la manipulación genética, del ciberespacio, de la realidad virtual, de la robótica que substituya al hombre automatizando todas sus actividades, de la desidiosa, apática e insulsa simplificación de la vida bajo el discurso de “evolución tecnológica de la humanidad”, volviéndonos torpes y dependientes, han establecido la base tecnológica para un futuro ciertamente *huxleyano*.

Friz Heinemann considera amenazada por la técnica no solamente la existencia del ser humano en cuanto criatura corpórea, esto es su existencia material, biológica, económica y social, sino también su existencia espiritual, ya que, por ejemplo, las artes pueden ser transformadas por el espíritu de la técnica, perdiendo así su sustancia. Asimismo, los artistas y filósofos corren el peligro no solamente de convertirse en técnicos, sino de desaparecer.¹

La tensión en la que viven los seres humanos es probablemente superior a la de otras épocas en términos de la fatiga psíquica por ser eslabones sustituibles de una cadena de producción dada y de la paranoia por la violencia de una sociedad que desquita de manera sociópata la frustración que ello le produce, violencia que se exagera en la anomia de los Estados fallidos.

¹ Cfr. H. J. Meyer, *La tecnificación del mundo*, Madrid, Gredos, 1966, p. 324.

Hombres y mujeres se encuentran convertidos en función y caídos bajo la medida cuantitativa del rendimiento, la eficacia y la rentabilidad dentro de actividades parasitarias, es decir, actividades comerciales exclusivamente. Dichas actividades de las que son responsables las oligarquías tecno-industriales y los gobiernos oficiales además entorpecen e incluso paralizan la creación artística y filosófica.

Ante este panorama, la situación espiritual del ser humano en la cultura tecnificada es alarmante, ya que nuestra época nos ofrece la visión de una verdadera coherencia en el absurdo. Se vive el fenómeno general de habituación a lo monstruoso, de anestesia generalizada. El progreso de la técnica ha dejado atrás a la reflexión y ha creado una atmósfera antiespiritual, lo menos favorable para el ejercicio de la reflexión. Lo humano degradado, es decir, las masas, aparecen amaestradas, fanatizadas, envilecidas y alienadas por la propaganda, que mantiene en ellas no la vida sino la apariencia de la vida. La función, la dialéctica entre producción y demanda así como la hipertrofia de la técnica propias del capitalismo son el eje del sofocante mundo de hoy. Característico de la hora actual del mundo es que la gente se preocupe de lo inmediato e ignore las grandes cuestiones.

A la sazón, Charles Taylor nos habla de las formas de malestar en la modernidad. Por un lado, la pérdida de sentido, la disolución de los horizontes morales, el declive de la sociedad frente al individualismo ambivalente que siguió a la ruptura de órdenes de pertenencia que trascendían al individuo. Lo que a su vez trajo un desencantamiento del mundo y de la vida, junto a la democracia que ha conducido al individualismo que regresa a sí mismo, al yo y, eventualmente, a la antidemocracia y la apatía producidas por la satisfacción de las necesidades individuales para las que el gobierno paternalista resultante de esta condición provee. Provocando en el ciudadano primero un descenso de la participación en los asuntos de gobierno, luego un sentimiento de impotencia y, finalmente, la pérdida de la libertad política.

Por el otro, el eclipse de los fines frente a la razón instrumental desenfrenada, entendida como la aplicación más económica de los medios a un fin dado, lo que es igual a la eficiencia máxima, a la mejor relación costo-rendimiento. Esta razón instrumental ha adquirido un prestigio y un aura de perfección que le han convertido en un parámetro global que absorbe todas las actividades humanas decidiendo qué es útil y qué no, absorbiendo así las vidas mismas. En síntesis, vivimos limitados y degenerados por las estructuras institucionales de la sociedad tecnológico-industrial, es decir, por el mercado y el Estado, con la consecuente pérdida de opciones y libertad que no sólo es política.²

Así, se vuelve ilusoria cualquier posibilidad de auténtica vida democrática en las llamadas sociedades “libres”. En las sociedades liberales de hoy se manifiesta, en virtud de la capacidad que las nuevas tecnologías ponen al servicio del poder económico y del poder político, una concentración tal de riqueza y poder en tan pocas manos, que se devela nuevamente la estremecedora posibilidad del advenimiento de alguna sociedad *orwelliana* o *huxleyana* que se sirva de esas tecnologías para ignorar o suprimir toda singularidad o expresión humana no industrial. Cada día hay una alianza más estrecha entre ciencia y técnica, entre técnica y dinero, entre dinero, medios masivos de comunicación y poder, no sólo político, y un ilimitado afán de lucro, luego, un ilimitado afán de poder con un cínico desprecio por las cuestiones trascendentales y el bienestar general.³

Bauman atisba el peligro del olvido del ser cuando habla de los “residuos humanos” generados por el sistema de la modernidad tardía. Este término, “residuos humanos”, tiene dos significados. El primero es, si acaso, un poco más tangible y sí ciertamente más evidente, pues hace referencia al fenómeno global de las poblaciones superfluas, flotantes o desarraigadas de migrantes, refugiados y demás parias del sistema de modernización perpetua, compulsiva, obsesiva y adictiva que termina por convertir en residuo lo que en primera instancia fue necesario para la fabricación de sus productos.

² Cfr. C. Taylor, *La ética de la autenticidad*, Barcelona, Paidós, 1994, pp. 37-47.

³ Cfr. J. R. Santander, “Desarrollo moderno y nihilismo”, en *Elementos*, BUAP, No. 38, Vol. 7, junio-agosto, 2000, p. 11.

En el segundo significado, el término “superfluo” adquiere una connotación tácita con un espectro de referencia general, de alcance global, que toca a todo y a todos. Ese término es en realidad el eufemismo con el que el sistema designa a lo supernumerario, innecesario, carente de uso —sean cuales fueren las necesidades y los usos que establecen el patrón de utilidad e indispensabilidad—. “Significa que los otros no te necesitan, pueden arreglárselas igual de bien, si no mejor, sin ti. No existe razón palmaria para tu presencia ni obvia justificación para tu reivindicación del derecho de seguir ahí. Que te declaren superfluo significa haber sido desechado por ser desechable, cual botella de plástico vacía y no retornable o jeringuilla usada. Una mercancía poco atractiva sin compradores o un producto inferior o manchado, carente de utilidad, retirado de la cadena de montaje por los inspectores de calidad.”⁴

“Superfluidad” comparte su espacio semántico con “personas o cosas rechazadas”, “derroche”, “basura”, “desperdicios”, en una palabra, con “residuo”. El destino de los desempleados, del “ejército industrial de reserva”, es el de ser reclamados de nuevo para el servicio activo. El destino de los residuos es el basurero, el vertedero. Por eso los aún privilegiados usufructuarios del sistema de la modernidad tardía no quieren saber nada, ni mirar siquiera, a las reservas, mucho menos a los residuos, pues en sus derroteros, nadie está exento de que eventualmente el eufemismo se le aplique. Y es así como los gobernantes oficiales, la oligarquía industrial y mediática... el sistema, se aseguran de que queramos seguir siendo útiles, vigentes... parte de él.

El ritmo que ha tomado nuestra vida ya no es más que una carrera compuesta de cambios consecutivos que duran tan sólo un instante antes de que se produzca el siguiente. Es una sucesión de acontecimientos que nos atropellan y nos implican, sin que haya espacio alguno para la contemplación, la concentración, el distanciamiento y la reflexión. La vida en el mundo actual es medida por la producción, la acumulación de riqueza, la rentabilidad, la demanda y la oferta.

⁴ Z. Bauman, *Vidas desperdiciadas: la modernidad y sus parias*. Barcelona, Paidós, 2005, pp. 16-24.

En consecuencia, la sociedad de hoy me parece completamente artificial, quiero decir, producida en serie. En ella, casi todos tienen las mismas ambiciones y aspiran a las mismas metas, al mismo “yo ideal” por los mismos métodos y con el mismo comportamiento. En ella pocos, sólo los que se detienen a observar, reflexionar y comprenden que lo que parece estar más allá de ellos, de su poder, de sus vidas, es lo que termina por afectarlos más, son los que cuestionan y ponen resistencia.

Mientras el minúsculo espacio, el micro *statu quo* de la mayoría no se vea alterado, mientras su rutinaria consecución de objetivos diarios que brinda la ilusión de seguridad y confianza en el mundo y en el futuro no se vea afectada, dicha mayoría no hará nada. Así la idea de éxito y bienestar adquieren un significado consensado en el imaginario colectivo basado en la noción capitalista de acumulación de riqueza, lo que produce y mantiene una sociedad con idiosincrasia de hormigas, plástica, fabricada en serie, construida y estructurada según la conveniencia de quienes detentan el poder sobre la economía, el mercado, la información y el gobierno, en pocas palabras, sobre el *statu quo*, sobre este modelo de vida. La “quiebra del mundo”, o “mundo roto”, es el concepto metafórico con el que Gabriel Marcel expresa su visión de este modelo de vida. Es un concepto que acuña ya para 1933 en una obra de teatro que lleva precisamente como título *Le monde cassé* (*El mundo quebrado*) que publica junto al ensayo *Positions et approches concrets du mystère ontologique* (*Posiciones y aproximaciones concretas del misterio ontológico*), que Étienne Gilson calificó en 1945 como “una introducción a la metafísica”. En la obra de teatro, uno de los personajes, Christiane, explica a otro, su amiga Denise, el significado del término:

¿No tienes la impresión de que vivimos –si a esto se le puede llamar vivir – en un mundo roto? Sí, roto, como un reloj roto en el que no funciona el resorte. En apariencia nada ha cambiado, Todo está en su lugar. Pero si llevas el reloj al oído no se oye nada. El mundo, lo que llamamos el mundo, el mundo de los hombres, ¿entiendes?, debía tener antes un corazón, pero se diría que ese corazón ya no late... Cada cual vive en su rincón, de sus pequeños asuntos, de sus pequeños intereses. Nos encontramos, pero entrechocándonos, produciendo un ruido de chatarra.⁵

⁵ G. Marcel, *El mundo quebrado*, Buenos Aires, Losange, 1956, pp. 44 y 45.

Éste es el mundo que se ha roto. Un mundo donde el sentido de las cosas importantes se ha perdido. Deslumbrado por el progreso científico, el pensar calculador y el espíritu de abstracción, el hombre se ha cosificado, despersonalizado y convertido en una función y un medio, en un mero objeto reducible a sus elementos contabilizables, aislándose y mutilándose, despojándose de identidad.⁶

El problema *marceliano* del “mundo roto” no sólo no ha perdido actualidad, sino que ha ganado en pertinencia y su profundización se ha convertido en la tarea intelectual prioritaria del tiempo presente, en el primer paso que hay que dar para poder volver a tener la posibilidad, la esperanza de dirigimos a buen puerto, de lo contrario, lo más probable es que sólo naveguemos a la deriva, simple y llanamente yendo hacia algo, casi con certeza, un ominoso naufragio. La razón de esta desvalorización humana, piensa Marcel, hay que buscarla en el hecho de que el hombre moderno ha perdido el sentido para el ser (ser es lo más concreto y lo más lleno de vida que existe), le falta el “sentido ontológico”, y confunde su *ser* con su *tener* y su *verse*, y su *tener* y su *verse* a su vez, con su vida.⁷

La gran mayoría de seres humanos no accede hoy al nivel de la reflexión o del pensamiento interrogativo, o bien sólo llega a él en raros instantes y en circunstancias excepcionales. La toma de conciencia de esa minoría a veces puede tener repercusiones. Sin embargo, el signo más frecuente en nuestra época es que el hombre está alienado. Por alienación entiende G. Marcel el hecho de que el ser humano parece haberse tornado extraño a sí mismo, a su propia esencia, a su mundo.⁸ El avance técnico y científico ha llevado a la humanidad a la transmutación de valores. Este tecnocientificismo al no preguntarse nunca en qué se convierte o en qué degenera, no únicamente la ciencia y la tecnología, sino una verdad científica, trae consigo dicha transmutación de valores.

⁶ Cfr. M. Davy, *Gabriel Marcel, un filósofo itinerante*, Madrid, Gredos, 1963, pp. 76-89.

⁷ Cfr. J. C. del Agua, “El “mundo roto” en la filosofía de Gabriel Marcel”, en *Dos centenarios filosóficos: Martin Heidegger-Gabriel Marcel*, Madrid, UNED, 1989, p. 97.

⁸ *Ibidem*.

Dice Marcel: “esta reducción de la vida a lo inmediatamente vivido y ello en un mundo donde triunfa la técnica en las formas más *orwellianas* y *huxleyanas*, no puede menos que desembocar en una aberración sin precedentes”.⁹

En un trabajo reciente de José Luis Cañas, titulado *Gabriel Marcel y el hombre contemporáneo*, se afirma que las investigaciones más recientes sobre la filosofía existencial-trascendental de Gabriel Marcel son de gran actualidad, especialmente por las claves que su pensamiento aporta a la hora de analizar la frágil situación del hombre contemporáneo. Este autor agrega que si Marcel hubiera vivido en el comienzo del siglo XXI, sin duda hubiera señalado la paradójica situación de vivir en un mundo que se cree cada vez más seguro y fuerte cuando en realidad es más débil y habría advertido que la causa de esta debilidad es sobre todo porque este mundo se constituyó de espaldas a lo trascendental¹⁰: el libre y pleno desarrollo del potencial humano en cada individuo.

⁹ G. Marcel, *Los hombres contra lo humano*, España, Caparrós, 2001, p. 41.

¹⁰ Cfr. J. L. Cañas, *Gabriel Marcel y el hombre contemporáneo*, Madrid, UCM, 2001, p. 1

CAPÍTULO III

DEL IMPACTO DE LOS MEDIOS MASIVOS DE COMUNICACIÓN EN LA ESTRUCTURA PSÍQUICA DE LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

He venido hablando de que el *statu quo*, es decir, el orden general gobernante o sistema es controlado por el gobierno oficial y la oligarquía mediática e industrial, que llamaré en su conjunto “contubernio del poder”. Para que exista el poder, tiene que haber una relación activo-pasiva entre dos o más partes, es decir, un dominado y un dominador, un gobernado y un gobernante, etc. En los términos macroscópicos de los que estoy hablando, las masas (conjunto de individuos que han perdido su singularidad y sin acceso al pensamiento reflexivo) son los gobernados, mientras que el contubernio del poder, son los gobernantes. Los gobernantes deben comprender las necesidades y deseos de las masas para acceder al control de éstas apelando a aquéllos. A esto está dirigida la propaganda del sistema en los medios masivos de comunicación: a la distracción y la conformidad de las masas.

El enfoque de este capítulo es sobre los medios masivos de comunicación y su actividad pro-sistema por considerarlos paradójicamente cruciales para el objetivo de este trabajo (como se anticipó en su introducción y se verá posteriormente).

Las tecnologías de comunicación a través de la red o “nube” satisfacen la necesidad de las masas de actuar. Esta necesidad de actuar y esta capacidad de interacción que son características de los individuos en las sociedades contemporáneas encuentran allí un territorio cada vez más valioso que si bien concierne al saber, a la documentación y al conocimiento, también concierne a la necesidad de la ubicuidad, de la visualización, de la presentación del individuo ante el mundo, una filia al panoptismo voyeurista y exhibicionista, un alzar gratuito de la voz virtual y omnipresente al que brindan acceso dichas tecnologías para paliar la crisis del “yo”, de la identidad, del ser propio en los individuos frente a un mundo que los absorbe, devora y diluye con su inexorable, frenético y enajenado avance: el mundo de la técnica.

Cuando pensamos a fondo en la seducción que ofrecen las nuevas tecnologías de la comunicación, su carácter “mágico”, el hecho de que día con día sus capacidades aumentan y los precios disminuyen, la extensión de sus dominios de aplicación, el carácter lúdico de su utilización, su carácter “democrático” y las utopías que generan, se puede comprender el encanto que despiertan en las masas, el encanto de la fantasía opiácea de pertenencia al mundo, control y bienestar que sólo halla espacio a través de distracciones y paliativos de la realidad.

Se sigue que es muy fácil hoy en día para las esferas detentadoras del *statu quo* generar y sacar provecho de tales distractores ya que aparte de la sensación de control y bienestar (que por supuesto son falsos), de seguridad y de confianza (que desde luego es ingenua) en el futuro, tener y ser percibido se han convertido en necesidades inmediatas también. Es decir, el consumismo, la frivolidad, la egolatría y la saciedad del narcisismo. Así, la privacidad no interesa más a los individuos de las sociedades contemporáneas, por lo que tampoco a las tecnologías de la comunicación, lo que es sumamente útil para las estructuras gobernantes, puesto que con ellas no sólo obtienen consumidores cautivos y medios para mantenerlos distraídos y satisfechos, sino para ejercer coerción, vigilancia y opresión.

Gérard Vincent, en el epílogo del libro *Historia de la vida privada* se pregunta sobre lo que es la vida privada y responde que “es la decisión idiosincrática de trazar la frontera entre la existencia personal y el entorno social [...] todo individuo, sea desconocido o célebre, pretende hacer percibir al otro que es una ‘persona’, es decir, ‘a distancia’ de los papeles, los lugares, las funciones sociales [Más adelante, refiriéndose al uso de los teléfonos móviles “inteligentes”, señala que nos alejan de nosotros mismos y del entorno] Atento a las palabras de mi interlocutor (el mundo virtual), no veo lo que me cruzo, ya no presto atención a la diversidad ‘fenoménica’ de los rostros, ya no concedo a las tiendas la limosna de mi mirada, ignoro el entorno en el cual deambulo, el aparato es la palma de mi mano”.¹

¹ G. Vincent, *Historia de la vida privada*, Tomo 5, España, Taurus, 1999, pp. 552, 556, 558 y 559.

J. Bañuelos dice lo siguiente respecto a la dialéctica del binomio constituido por el poder de las tecnologías de la comunicación y la proclive adicción al panoptismo que caracteriza hoy a las masas:

“[...]cruza los vectores en que la sociedad contemporánea, sus individuos y sus poderes organizados realizan una mayor intervención, estos vectores son: la muerte como crimen, el sexo como pornografía, la identidad como ficción-montaje, el cuerpo como objeto, la memoria como herramienta, la comunicación como progreso, la verdad como discurso, el poder como información y la vigilancia como seguridad. Todo ello expresado en la imagen no sólo como soporte y representación, sino como sustitución de la realidad, imagen como instante puro o presente puro, imagen como prueba judicial, imagen como espectáculo de lo real”.²

Un primer y fundamental aspecto a señalar es que los humanos conviven actualmente con los medios desde el inicio de su vida, al punto que para ellos el televisor “es un aparato receptor que ya forma parte de la economía familiar”³ y muy temprano y aceleradamente desde hace un tiempo se incorporan al mundo digital en sus diversas formas (videojuegos, Internet, etc.), lo que refuerza el peso tanto de su poder como el de los contenidos que penetran a niveles inconscientes, situación que continuará a lo largo de toda la vida en un momento donde los medios, sobre todo los electrónicos, incrementan su capacidad de llegada y de internalización en la subjetividad.

Se debe destacar que la importancia de tal penetración no pasa sustancialmente por los criticados mensajes subliminales en el sentido perceptivo de éstos, sino por las significaciones de la infinita cantidad de mensajes que los sujetos reciben cotidianamente a través de la múltiple gama de programas (informativos, de diversión, etc.) donde muchas veces los contenidos manifiestos son la cobertura de los latentes (en emisión y recepción).

² J. Bañuelos, “Videovigilancia en la sociedad panóptica contemporánea”, en *Revista electrónica en A. L. especializada en tópicos de la comunicación*, febrero-marzo del 2003, p. 2.

³ P. Arredondo, *Teleadicción infantil: ¿mito o realidad?*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1989, pp. 7 y 8.

La constitución del “yo” es producto tanto de un complejo proceso de identificaciones como del paulatino reemplazo del principio del placer por el principio de realidad. Y si bien clásicamente se consideró que en ambos es la familia la que tiene el rol central - con el apoyo de las instituciones escolares y religiosas-, hoy no puede negarse ni minusvalorizarse la creciente influencia de los medios masivos de difusión, con mayor razón por llegar antes que tales instituciones o cuando no se accede al aparato educativo.

Es cierto que los modelos identificatorios básicos surgen sobre todo de los vínculos afectivos del niño con sus relaciones directas (padres, abuelos, maestros más tarde, etc.), pero ¿cómo dejar de ver que hoy el niño se encuentra en contacto con múltiples modelos y figuras provenientes de un televisor con el que se relaciona desde siempre, luego con caricaturas, juegos electrónicos, etc.? Modelos de todo tipo que no sólo son llamativos, impactantes y deseados por su éxito, omnipotencia, belleza, etc., sino que también cambian de forma y nombre pero mantienen significados como exponentes de un poder y fuerza que los niños ven en el padre pero ante los cuales éste puede quedar comparativamente devaluado (aunque sea real y los otros sean parte de un mundo de fantasía aún no bien delimitada respecto a la realidad).

Una simple e incluso elemental observación sobre los comportamientos de nuestro tiempo permite ver cómo existe un muy alto grado de identificación con múltiples figuras televisivas, cinematográficas, musicales, deportivas, etc.: imitación de gestos, conductas y vestimentas, adopción de sus nombres en juegos con la consiguiente asimilación de ellos y así sucesivamente. Asimismo, junto a esa llegada directa de contenidos a partir de la recepción de programas infantiles, para adolescentes o adultos, existe otra indirecta a través del entorno familiar, social y educativo -ya formados e ideologizados por los medios y el Estado y ahora también por la industria -que transmiten comportamientos, normas, modelos, “necesidades” y actitudes cotidianas fomentadas por los héroes prototípicos, anuncios publicitarios, consejos o maneras de personajes admirados o incluso idolatrados, cuyo impacto en la psique los hace ser emulados y/o seguidos.

En este sentido no puede olvidarse que el juego es una expresión típica del mundo infantil que no responde sólo a una actividad de diversión sino también es expresión de sus necesidades afectivas, ello implica la internalización de las significaciones y contenidos de los mismos: se trata de un modelo a imitar y a seguir. Al respecto es evidente que los modelos promocionados, fomentados y exaltados son aquéllos que responden a los valores de una cultura en un momento determinado, mientras que se hace lo contrario con aquellas expresiones rechazadas por ella. Tenemos entonces que los juguetes y juegos de hoy, comparados con los de hace veinte o treinta años, tienen muy poco interés por la creatividad, el ejercicio físico, la imaginación o la estética, prefiriendo marcadamente los poderosos estímulos sensoriales del mundo digital producto de esta era tecnológica e industrial: las imágenes exorbitantes, la realidad virtual y la violencia, todo al alcance del mínimo esfuerzo del cuerpo y de la mente.

En cuanto al paso del principio de placer al de realidad resulta evidente la incidencia de los medios al ser éstos actualmente no sólo los que muestran la “realidad”, sino incluso los que construyen lo que debe entenderse por realidad. Evidencia que recalcan numerosos estudiosos, por ejemplo Eliseo Verón al afirmar categóricamente que “los medios informativos son el lugar donde las sociedades industriales producen nuestra realidad”.⁴

Christian Doelker considera que “la construcción de nuestra imagen del mundo se realiza cada vez más a través de los medios, que a su vez proporcionan una imagen del mundo: por consiguiente, nuestro concepto de realidad nace -según nuestra proporción de consumo de los medios- asimismo de experiencias mediatas y no tan sólo de experiencias inmediatas”⁵.

Como las “experiencias inmediatas” son muy pocas en relación a las que cada persona conoce, puede decirse sin duda alguna que en la absoluta mayoría de los sujetos actuales la idea que tienen acerca de la “realidad” es producida por los medios en general y la TV en particular (actualmente la principal fuente noticiosa en prácticamente todo el mundo).

⁴ E. Verón, *Construir el acontecimiento*, Buenos Aires, Gedisa, 1983, p. II.

⁵ C. Doelker, *La realidad manipulada*, Barcelona, G. Gili, 1982, p. 177.

Es sabido que el principio de realidad es un aspecto central en la estructuración de los sujetos, y que el pensamiento y la conducta de los hombres estarán basados en su idea de realidad: de allí la necesidad de dar un sentido a la misma o enmascarar el conocimiento de lo que no se quiere que se conozca. Un yo desconocedor del verdadero sentido de la realidad actuará de manera poco eficaz o no actuará en lo absoluto para modificar lo que se pretende que no sea modificado, o de igual manera, no buscará cambiar aquello que se le muestra que debe permanecer como está.

“En nuestra sociedad -señala un estudioso norteamericano que comprende el fenómeno pero no del todo su sentido- se nos enseña que hay ciertas cosas que podemos hacer y otras que no podemos hacer. De este modo se nos introduce a los valores y a las normas. El proceso de socialización, que es continuo y se ubica en las personas y las instituciones y puede no sólo ser deliberado sino además inadvertido, consiste en parte en la internalización de múltiples ‘haz esto’ y ‘no hagas aquello’, de ‘bien’ y de ‘mal’, de ‘verdadero’ y ‘falso’, de ‘debes tener esto o esto otro’ propios de la sociedad de que se trate. Ni el contenido ni los métodos de socialización son inmunes a la influencia de los medios de comunicación de masas. La manipulación y el cambio pueden tener lugar y de hecho lo tienen. Los medios de masa, se puede admitir, constituyen sólo un aspecto del proceso, pero sería muy sorprendente, en verdad, si no desempeñaran un cierto papel en la modelación de nuestras actitudes respecto de la vida, de nosotros mismos y de los demás.”⁶

En prácticamente todas las programaciones masivas constantemente aparecen valores, las más de las veces de manera explícita, pero no presentados como de un sector o una época, sino con características universales y tal vez permanentes, un claro ejemplo de lo cual es el siguiente:

“Televisa [la principal cadena de TV en México] -dijo su jefe de Control y Normas- no maneja ninguna tendencia. Expresa la superación personal, la integración familiar y la superación nacional que yo creo que son valores eternos. Mire, quiero que quede muy claro el concepto. No es que la manejemos [la ideología], porque de ninguna manera pretendemos manejarla. Si de alguna forma, algún ejemplo que pudiéramos pasar a través de la televisión, no concreto sino genérico, ayuda a la gente a tratar de superarse, creo que es válido en cualquier ideología, en cualquier sociedad y en cualquier época de la vida”.⁷

⁶ J. D. Halloran, *Los efectos de las comunicaciones de masas*, Buenos Aires, JAE, 1969, pp. 7-43.

⁷ E. Ricalde, entrevista en revista *Alternativa*, México, UAM-Xochimilco, 1979, p. 8.

Es evidente cómo esto último se vincula de manera directa con criterios de salud mental y de normalidad, otras de las formas centrales de sujeción de un individuo al hacerse ver la necesidad de evitar la “locura” y/o la “anormalidad” y los peligros que ocasionan.⁸

¿Puede acaso haber dudas razonables de que los medios masivos, ya explícita o implícitamente, fomentan la “normalidad”? Con ello pretenden una adaptación acrítica o ínfimamente crítica (pero jamás antagónica) a los usos y costumbres de la sociedad, que son a su vez convenientes para sus intereses y los de sus aliados, definiendo como insano, enfermo o loco lo que se les oponga. Aceptan y promueven cambios, como se verá después, pero sólo en tanto éstos sean necesarios o sirvan para la continuidad y renovación de la forma cultural conveniente.

En todo lo anterior puede verse cómo los medios cumplen actualmente un papel importante en la conformación del sujeto, y todo indica que tal rol no sólo continuará sino que se incrementará ante el gran desarrollo de los medios electrónicos que, entre tantas otras innovaciones, está produciendo un fuerte “culto a la información” (que en realidad lo es a la informática, pues no es un interés por el conocimiento universal, sino por el incremento en la capacidad de las tecnologías para la transmisión de información que es usualmente trivial). De ahí la búsqueda de los medios y gobiernos por el control de las tecnologías de la comunicación y sobre la información, pues él significa el control de los seres humanos, cada vez más necesario para el mantenimiento del poder en un momento histórico de triunfo de postulaciones “democráticas”.

⁸ No existen criterios claros ni fijos respecto a lo que es la salud mental allende la homeostasis, sino que se trata de una concepción polivalente que varía notoriamente de acuerdo a diferentes marcos teóricos, socioculturales y procesos históricos. La normalidad sólo hace referencia a un fenómeno estadístico que indica lo que es mayoritario pero que de ninguna manera es equivalente a salud mental y que podría incluso ser lo contrario.

Tal papel de los medios ya lo veía hace más de medio siglo un crítico sociólogo quien formuló una excelente síntesis al respecto: “Los medios masivos de comunicación 1) le dicen al hombre de masa quién es (le prestan una identidad), 2) le dicen qué quiere ser (le dan aspiraciones), 3) le dicen cómo lograrlo (le dan una técnica), 4) le dicen cómo puede sentir que es así, incluso cuando no lo sea (le dan un escape)”.⁹ Lo anterior es un muy apretado resumen de la acción de los mensajes sobre el psiquismo de los receptores. Pero ¿por qué éstos los aceptan, incluso cuando responden a intereses diferentes o más aún, contrarios a los propios (desde el punto de vista del mantenimiento de factores económicos, de poder, etc.)?, ¿por qué las clases populares invierten deseo y extraen placer de esa cultura que los niega como sujetos?

Un planteamiento de Freud abre fundamentales caminos para responder estas preguntas:

El psicoanálisis parte de la representación básica de que la principal función del mecanismo anímico es aligerar a la criatura de las tensiones que le producen sus necesidades. Un tramo de esta tarea es solucionable por vía de la satisfacción que uno le arranca al mundo exterior; para este fin se requiere del gobierno sobre el mundo real. A otra parte de estas necesidades, entre ellas, esencialmente, ciertas aspiraciones afectivas, la realidad por regla general les deniega la satisfacción. Toda la historia de la cultura no hace sino mostrar los caminos que los seres humanos han emprendido para esta ligazón de sus deseos insatisfechos, bajo las condiciones cambiantes y alteradas por el progreso técnico, de permisión y denegación de la realidad. Con base en que el hombre se encuentra con una contradicción insoluble y que jamás podrá superar enteramente cuando surge como humano a partir de las relaciones sociales que requieren de normas colectivas que no le permiten acceder a la satisfacción de todos sus deseos, mismos que son permitidos, negados o reglamentados de formas distintas por cada cultura a través de la historia, éste buscará una real o aparente satisfacción para sufrir las carencias al mínimo posible. Lo decisivo será que se logre (y la medida en que se logre) aliviar la carga que el sacrificio de lo pulsional impone a los hombres, reconciliarlos con la que siga siendo necesaria y resarcirlos por ella.¹⁰

⁹ C. Wright Mills, *La élite del poder*, México, FCE, 1957, p. 33.

¹⁰ S. Freud, *El malestar en la cultura*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, pp. 65-69.

Más aún, plantea también si acaso no serán de parecida naturaleza a las doctrinas religiosas, definidas por él como ilusiones, otros patrimonios culturales que tenemos en alta estima y por los cuales regimos nuestras vidas. Y si bien no menciona a los medios por lo antes indicado, el objetivo que hace surgir tal necesidad es uno que éstos también cubren y que ayuda a explicar el éxito que tienen:

“Éstas que se proclaman enseñanzas [se refiere a las religiosas pero se pueden extender a otras formas] no son decantaciones de la experiencia ni resultados finales del pensar: son ilusiones, cumplimiento de los deseos más antiguos, más intensos, más urgentes de la humanidad. El secreto de su fuerza es la fuerza de estos deseos. La vida, como nos es impuesta, resulta gravosa: nos trae hartos dolores, desengaños, tareas insolubles. Para soportarla no podemos prescindir de calmantes. Los hay, quizá, de tres clases: poderosas distracciones, que nos hagan valuar un poco nuestra miseria, satisfacciones sustitutivas, que la reduzcan y sustancias embriagadoras, que nos vuelvan insensibles a ella”.¹¹

¿Acaso pueden existir dudas razonables de que los medios y la tecnología son quienes actualmente proveen de manera central a nivel masivo tales calmantes, posibilitando la “satisfacción” de necesidades afectivas y pulsiones, máxime la sexual y la agresiva, no siempre (o nunca) realizables?

La resistencia que pone entonces el individuo común a la influencia de los medios masivos de comunicación hoy es básicamente la misma que pone a una bala o una aguja hipodérmica y el contubernio del poder lo sabe. Sabe que en ese contexto, su aceptación o rechazo de los mensajes es producto sólo de sencillas causas y mediaciones conductistas basadas en el uso y la gratificación. Así, las masas compran todo lo que se les vende y creen todo lo que se les dice, desde el siguiente “aliado político” hasta la “realidad”.

¹¹ S. Freud, *Psicología de las masas y análisis del yo*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, pp. 111-144.

CAPÍTULO IV

DE LA TAREA DEL FILÓSOFO FRENTE AL MUNDO CONTEMPORÁNEO Y LOS MEDIOS Y DE CÓMO ÉSTOS COADYUVAN A DETENTAR EL *STATU QUO*

Marcel es contundente en torno al papel del filósofo hoy. Dice: “éste está obligado a tomar posición con respecto a la miseria de un mundo cuya destrucción integral nada tiene de inconcebible. El conocimiento de lo que pasa en el mundo no debe ser para él un conocimiento superficial, por el contrario, debe ser un conocimiento profundo de la realidad. El filósofo es propiamente un vigía de lo humano. La palabra *velador* es la que caracteriza con más exactitud ese papel, pues *velar* quiere decir ante todo permanecer despierto, pero con mayor precisión aún, luchar contra el sueño, ante todo para su propio bien.”¹

Existe, por tanto, una virtud de vigilancia que el filósofo debe practicar en la medida de lo posible. Además, debe comprometerse a fondo, sin importar los peligros que esto le traiga, sin refugiarse en claustros académicos ni palabras y letras que tienen sólo a colegas por destinatarios. Hoy no puede haber filosofía que no realice un análisis de carácter esencialmente fenomenológico sobre la situación fundamental del hombre. Así lo han visto filósofos como Scheler, Landsberg, Jaspers y Heidegger.²

Marcel señala que:

Parece hoy fuera de toda duda que lo propio del hombre en cuanto sin más vive su vida, sin esforzarse en pensarla, es estar en situación, y que la esencia del filósofo – quien, él sí, se propone pensar el mundo y la vida, su vida – es reconocer esa situación, explorarla en la medida que le sea posible, sin que, por lo demás, pueda al respecto alcanzar nunca el conocimiento exhaustivo al que se entrega cuanto es objeto de la ciencia.³

¹ G. Marcel, *Filosofía para un tiempo de crisis*, Madrid, Guadarrama, 1971, p. 34.

² Cfr. J. Urabayen, *El pensamiento antropológico de Marcel*, España, U. de Navarra, 2001, p. 334.

³ G. Marcel, *Op. Cit.*, p. 95.

De todo esto se deriva que la situación del filósofo ante el mundo de hoy parece ser de lo más peligrosa y la más expuesta, al tener que caminar por pasajes cada vez más movedizos: exponerse para cumplir u ocultarse para preservarse en el olvido, en la virtual extinción. Ésa es la disyuntiva del filósofo hoy. Pero nada más necesario, ante los males de este mundo, que la meditación del filósofo. Con la reflexión segunda que lo caracteriza, podrá combatir la confusión que amenaza con hundir los espíritus de este mundo y el mundo por venir. En suma, el filósofo debe ser vigía e incluso estar dispuesto a ser mártir, un neurótico en malestar con su cultura, un pensador y no un conocedor, de oficio plural, es decir, sociólogo, antropólogo, politólogo, economista, historiador y psicólogo también. Debe estar en el poder o lejos de él, buscar ser un *rock star*. Manteniendo la observación y el escepticismo como sus cualidades fundamentales, debe cuestionarse acerca de todo y actuar como si fuera profeta, sin temor a equivocarse y aun cuando lo haga.

No son de sorprender el rezago y el desplazamiento en el que se encuentra la filosofía hoy cuando uno se aproxima a títulos filosóficos como *Movimientos filosóficos actuales* de Luis Sáez Rueda ⁴ y en vez de eso uno encuentra una recapitulación de la historia de la filosofía, o se remite al encomiado documento redactado por la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura por sus siglas en inglés) intitulado *La filosofía, una escuela de la libertad. Enseñanza de la filosofía y aprendizaje del filosofar: la situación actual y las perspectivas para el futuro* ⁵ y se topa con justificaciones y propuestas diplomáticas y casi poéticas para privilegiar la práctica de la filosofía y su enseñanza.

⁴ Cfr. L. S. Rueda, *Movimientos filosóficos actuales*, Madrid, Trotta, 2001.

⁵ Cfr. UNESCO, *La Filosofía, una escuela de la libertad. Enseñanza de la Filosofía y aprendizaje del filosofar: la situación actual y las perspectivas para el futuro*, París - México, UNESCO - UAM, 2011.

Aunque a vuelapluma, Gabriel Vargas Lozano habla en “Los desafíos de la filosofía para el siglo XXI”⁶ del aparentemente consensado enfoque filosófico necesario para cometer las tareas demandadas a la filosofía y, por ende, principalmente al filósofo de cara al mundo contemporáneo, en otras palabras, de los quehaceres filosóficos pendientes y de las asignaturas, de los temas sobre los que debe disertar el filósofo hoy.

El problema es que falta una cosa primordial, un paso que está siendo saltado: que los filósofos asuman que cavilar sobre las cuestiones que debe tratar la filosofía hoy y los enfoques con los que debe hacerlo resulta absurdo, una mera elucubración, mientras no cambien los obsoletos e intrascendentes métodos actuales de “divulgar” la filosofía (como todos los medios impresos o que de cualquier otra manera estén sólo destinados a la comunidad filosófica) y no empleen en su lugar unos que sean nuevos, revolucionarios y eficaces (como los medios de difusión masiva) para sí conseguirlo, medios que sean eficaces porque se adecuen congruentemente a la realidad que vivimos y al hecho de que de no hacerlo, la filosofía finalmente terminará por vivir una eterna agonía confinada al plano de lo virtual y lo intrascendente, donde sólo existirá en potencia como un elemento indisociable de la vida, únicamente porque se halla incorporada al ser humano como una de sus capacidades intelectuales, de tal suerte que mientras exista un hombre que medite, no se le haya matado del todo.

¿Acaso hoy la gente habla de filósofos y sus posturas?, ¿acaso se les ve o se les oye en la radio o en la televisión de manera constante, protagónica, como figuras de autoridad intelectual para la crítica y los juicios de valor que fijen conductas y posturas ante los acontecimientos del mundo y no como invitados ocasionales exquisitos y a modo en alguno que otro programa de ínfimo *rating*?, ¿acaso hay algún *blog* filosófico de dominio público y elevados índices de penetración y resonancia en el cual se traten los temas relacionados con las noticias nacionales e internacionales que se generan día a día?

⁶ G. V. Lozano, “Los desafíos de la Filosofía para el siglo XXI”, en *Eikasia, Revista de Filosofía*, año V, no. 33, julio 2010, pp. 45-57.

Así pues, resulta fácil darse cuenta de los motivos del fracaso actual de la filosofía en la crítica hacia la cultura del mundo contemporáneo y sus sociedades y en ser una fuerza modeladora activa en ellos, en sus derroteros, pues son evidentes su ausencia y su impotencia no sólo por lo ajeno de los temas sobre los que se expresa a la situación global presente, sino peor aún, por la ineficacia de los medios a través de los cuales pretende hacerlo.

Imaginemos por un momento que Bach y Mozart no hubieran publicado nunca las obras que compusieron, que da Vinci, Sanzio y Buonarroti únicamente se hubiesen limitado a visualizar las suyas sin pasar a realizarlas, que *El Quijote* hubiera quedado perdido en algún lugar y que Hitler no hubiese divulgado su ideario. Entonces, para el resto del mundo, dichas obras e ideas simple y llanamente jamás habrían existido.

Imaginémoslo ahora con un giro: que esas obras e ideas sí hubieran sido producidas y concebidas, respectivamente, como efectivamente ocurrió en la realidad, pero que nunca hubieran sido divulgadas, que en ese sentido no se hubiesen masificado. Al final, el caso sería exactamente el mismo: para el resto del mundo no existirían, serían intrascendentes. Para ser trascendentes, las ideas, sea cual sea la forma en que se manifiesten, deben partir del individuo para permear y alojarse en el conocimiento colectivo. Ese salto cognitivo es tan sólo el inicio de la trascendencia.

El problema de la trascendencia es que ésta transita y, hasta cierto punto, inevitablemente se deposita en las masas (entendidas también como el conglomerado de individuos que no reflexionan los fenómenos que se presentan como realidad y viven conformes con ellos) y éstas, son una peligrosa paradoja. Porque son ellas el agente de cambio, el espíritu transformador a través de la historia. Son las masas quienes han levantado las revoluciones, peleado las guerras, creído y seguido las doctrinas, quienes aceptan y ratifican lo que se tiene por bello y valioso o inútil y desechable, sostienen o rompen el *statu quo*, admiten y asimilan o descartan “verdades” y “mentiras”. Es decir, son las responsables ulteriores de este mundo, de su forma y de su historia.

Ser manipuladas, abusadas y sojuzgadas no las vuelve inocentes, exonera de toda culpa ni las deslinda de responsabilidad. Pues es precisamente a partir de su conformismo e ignorancia que los detentadores del poder consiguen su sumisión. Las masas son como un gigante infantil con la fuerza terrible para cambiar al mundo, tienen una connotación negativa y peyorativa, pero son esenciales para hacerlo. Es por eso exactamente que los filósofos deben apelar a ellas. Al ser éstas también el objeto del deseo de quienes detentan el *statu quo*, tenemos entonces como resultado un fenómeno peculiar: las masas habrán de convertirse en “manzana de la discordia”.

Resulta común creer que los medios de comunicación masiva median sobre la realidad social, actuando como un vínculo democrático que nos informa de modo objetivo e imparcial sobre los acontecimientos mundiales. Sin embargo, los medios masivos son empresas concentradas, lo que limita su supuesta mediación objetiva y plural de la realidad.

El sistema mediático se basa en unas pocas empresas que se dedican a hacer fabulosos negocios con los medios. En ese contexto, estas empresas mediáticas tienen una particularidad: constituyen conglomerados o grupos económicos fuertemente diversificados e integrados, es decir, tienen intereses económicos multimillonarios en decenas de empresas de diferentes y muy variados rubros. Luego, el manejo de la información es sesgado según convenga a sus intereses y los de sus aliados, con el fin de detentar el poder, generar riqueza y, por ende, mantener el *statu quo*.

La excepción se produce cuando los multimedios se refieren a hechos que ya no pueden negar a riesgo de perder todo tipo de credibilidad. “En efecto, como lo ha destacado Slavoj Žižek (*El sublime objeto de la ideología*), las creencias colectivas se materializan siempre en la práctica cotidiana de los sujetos, por lo que los hechos “evidentes” no pueden ser negados a costa de perder todo tipo de credibilidad social.”⁷

⁷ H. Fair, “Para una crítica a los medios masivos. Consideraciones a partir del caso argentino”, en *Revista de Ciencia Política*, número 12, marzo, Buenos Aires.

En ese marco, las empresas concentradas de medios también pueden referirse sin problemas a hechos como las tragedias humanitarias, ya que difundir ese tipo de noticias por cualquier medio de comunicación masiva no afecta sus intereses y sí podría hacerlo, en cambio, que no las difundieran.

Si, por alguna razón, los hechos los afectan, entonces buscan la manera de menospreciar como sea la noticia, reduciéndole sin dudas el espacio de visibilidad lo máximo posible, distorsionando la presentación de la noticia y, por qué no, siempre que sea posible, inventando alguna mentira sobre el tema.

Se produce así una múltiple lógica de manipulación ideológica que puede resumirse a partir de estas seis estrategias discursivas: 1.- apelación a mentiras, 2.- manipulación o tergiversación de la realidad, 3.- ocultamiento de información que pueda afectar la imagen y los intereses del contubernio, 4.- el ataque sistemático a los adversarios políticos y comerciales del contubernio, 5.- el refugio de las empresas mediáticas en la idea de libertad de prensa y de expresión, así como en una supuesta visión neutral y objetiva de la realidad que los periodistas y comunicadores (hoy comúnmente figuras con aura de paladines y ombudsman) defenderían y 6.- la manipulación del clima de opinión pública a través de las encuestas.

El problema es entonces que la hegemonía o al menos la posición dominante de la información en pocas manos impide desarrollar la reflexión. Por lo tanto, existe una necesaria incompatibilidad de estas empresas concentradas de comunicación con el procesamiento crítico y, por ende, filosófico de la información.

Nunca como hoy ha sido tan evidente la vertiente política de la comunicación. Si en etapas pasadas ella se instalaba en determinados nichos mediáticos, como la polémica de partidos, la promoción doctrinal, el proselitismo sectario o las campañas electorales, hoy se podría afirmar sin riesgo de parecer exagerado que el sesgo político (y no mucho menos de intereses comerciales) está presente en todo, a todas horas, en cada escenario de la actividad de los medios.

Las miradas críticas han debido aprender a escudriñar estos sesgos en los vastos espacios televisivos y en todo el universo que discurre a través de los medios de difusión masiva. Debemos comenzar a entender que nos movemos en un nuevo campo de batalla donde se libra una lucha feroz por acuñar y afirmar los símbolos que rigen la conducta humana, un campo en el que los paradigmas de los centros de poder se han posesionado con singular fuerza y desde el cual ejercen una violencia simbólica sostenida, desmesurada y arrasadora, encaminada hacia la pesadilla totalitaria de convertir al mundo en un mercado único y un pensamiento único, que es donde juegan un papel preponderante los nuevos emporios de las tecnologías de la comunicación digital como *Facebook, Google, Yahoo, Twitter, etc.*

En cuanto a esto último dicho sobre esas compañías, ello por supuesto no es obra de la casualidad, sino de la ejecución de una estrategia de eventos cronológicos: primero conectaron a la gente para darle un sentido de pertenencia e igualdad, luego le confirieron, a través de un reboamiento de información, una sensación de libertad, democracia y control, después, por vía de la censura y de la propaganda, condujeron a la gente al consenso para unirse como una autoridad moral omnisciente cuyo contenido es sinónimo de verdad y validez, así, finalmente, se convirtieron en juez y parte, en un sesgo que se traduce como herramienta para la construcción, gestión y mantenimiento del poder sociopolítico y económico del contubernio del poder.

La explicación de lo desarrollado en los dos párrafos anteriores podemos hallarla en *La ideología alemana*, donde se hace el señalamiento de que los hombres y sus relaciones aparecen invertidos, por ende, las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época. La clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual.⁸

⁸ Cfr. K. Marx y F. Engels, *La ideología alemana*, Buenos Aires, Pueblos Unidos, 1973, pp. 26 y 50.

La producción en serie de pensamiento sistémico, la industrialización de la ideología y la enajenación mediática han sido armadas por un complejo industrial, ideológico y político que produce, reproduce y mantiene un vacío de conciencia conveniente para el comportamiento deseado de las masas. La dictadura mediática existente ha impuesto una cultura que aliena y así refuerza esa ausencia de conciencia. Una cultura de control que somete a todos a un bombardeo continuo de mentiras sórdidas que se hacen verdades inocentes. Es a través de ese vacío de conciencia que el sistema domina, manipula, envilece, deforma, divide, asimila, compra y amordaza valores, verdades y culturas.⁹ Por ello, la necesidad de enfrentarlo no sólo con la crítica teórica, sino al mismo tiempo también con la crítica práctica a través de medios de comunicación alternativos. Está a la orden del día la tarea de generar conciencias críticas y subversivas encaminadas a lograr una revolución en la tenencia y el ejercicio del poder. Entendiendo a la ideología como un momento presente en cada territorio de la vida espiritual y práctica de la sociedad, no estamos extraviados al adoptar la idea de que, al hacer ciencia de la comunicación, estamos haciendo también ideología y política. Si la sociedad sólo puede existir como tal en la comunicación, aquí se deben levantar estrategias claras de diálogo, resistencia, negociación y cambio, afines a nuestro tiempo y nuestros intereses.¹⁰

En suma, la ideología actual enajena y justifica el decadente estado corriente de las cosas. Esta ideología sistémica, principalmente a través de los medios de comunicación masiva, construye y fomenta la conciencia que necesita el contubernio del poder para mantener su dominio económico y doctrinario, aniquilando la singularidad, suprimiendo la conciencia social, borrando la memoria histórica y promoviendo la persecución de los estereotipos e ideales inyectados en el paradigmático imaginario colectivo del éxito y del sentido de vivir. Conforme la comunicación se convierte en un campo de batalla por el poder sobre el *statu quo*, la crítica filosófica en ella debe convertirse a su vez en facción.

⁹ Cfr. C. V. Cachi y C. P. Bazán, “Contribución a la crítica de la enajenación y dictadura mediática imperialista” en *Capital, poder y medios de comunicación: Una crítica epistémica*, Perú, UPAGU, 2009, pp. 19-64.

¹⁰ *Ibidem*.

CONCLUSIONES

Definiendo la felicidad como la sensación o estado mental de máxima satisfacción y de máximo bienestar de un individuo como consecuencia de la realización de sus deseos, ¿qué mejor teleología puede encontrarse al ser humano que la búsqueda de la felicidad? El problema es que los deseos pueden variar de un individuo a otro y con ello su calidad ética y por extensión la de las consecuencias de acceder a ellos, es decir, de realizarlos, pues la inmanente capacidad en la raza humana tanto para la virtud como para la perversión se decanta igualmente en los deseos. Se sigue entonces que desgraciadamente no hay consenso en los medios para conseguir la felicidad. Sin embargo, por ello mismo puede fijarse una postura contra aquello que se considere pernicioso para la consecución de la felicidad y a favor de aquello fértil para ella.

Entonces debo hacer claro aquí que no estoy en contra de la tecnología (que ha dado grandes frutos a los seres humanos, desde lo general como la posibilidad de sobrevivir, desarrollarse y mejorar su calidad de vida como especie, hasta lo particular como la enciclopedia virtual que es Internet) sino de los fines, del enfoque, de los productos y las técnicas que operan en cualquier forma contra el hombre como las ya criticadas en este trabajo. La tecnología sólo es un deseo más al que puede tenerse acceso y por sí misma tiene un valor moral neutral, pero al ser un producto humano es susceptible de la dualidad ética de los seres humanos.

Así, las técnicas han surgido de la necesidad de resolver problemas que apremian o amenazan la existencia de la raza humana pero también del deseo de poder que ha creado técnicas para la destrucción del género humano (como las armas de guerra) o trocado técnicas que originalmente obraban o podrían hacerlo en su beneficio ora para su aniquilación (por ejemplo, la tecnología atómica ya para generar energía o ya para fabricar bombas y el desarrollo de fertilizantes ya para combatir la hambruna o ya para manufacturar armas químicas).

Para mí, las actividades y expresiones más sublimes del ser humano se encuentran en la filosofía, las bellas artes, el deporte, la paternidad y la contemplación del mundo natural y por lo tanto éstas no sólo deberían ser las máximas aspiraciones del ser humano, sino que son los medios más eficaces hacia la felicidad, dejando a la tecnología de lado sólo para servir, para resolver necesidades y nunca para dañar el potencial humano ni el mundo que habitamos. Desde luego hay otras perspectivas sobre el acceso a la felicidad, pero cualquiera que atente contra el pleno desarrollo del potencial humano en cada individuo, su singularidad, el bienestar físico, psíquico y social, la dignidad humana y la preservación del planeta, es inadmisibles.

Se ha vuelto necesaria la secesión, la sustracción de los filósofos a la inercia, al impulso del *statu quo*, la ruptura de sus cadenas para subvertirse, rebelarse, involucrarse e intervenir activa y fundamentalmente en la guerra que ha de declararse al contubernio del poder, ahora que la comunicación y la información son espacio de lucha por las conciencias.

Pues ¿quién ha de criticar el *statu quo* sino los filósofos? y ¿quiénes sino ellos han de encabezar tal resistencia? La filosofía debe ser un Argos y los filósofos sus mil ojos puestos sobre lo humano. Porque eso es el objeto de estudio de los filósofos, los humanistas por antonomasia, a los que nada de lo humano les es ni debe serles ajeno.

¡Vaya! Menuda tarea la que les queda. Porque el escenario no podría ser más desfavorable ni estar más en contra para cumplir con dichas consignas, puesto que el mundo está tecnificado y lo que no es técnica, lo que no entra en las cadenas de producción, en la dialéctica del mercado, lo que no es un producto más de compra-venta en la forma que sea, lo que no se integra al sistema, no sirve ni interesa. El arte debe ser plástico y producido en serie por el sistema para que sea consumible por las masas, de lo contrario, debe abrirse paso solo, independientemente, a la sombra del sistema. La filosofía es un potencial enemigo público que conviene tener sedado, con muerte cerebral, en un estado vegetativo.

Lo que no es parte del sistema está en contra de él y no tiene cabida en esta tierra. Por eso la filosofía tiene que labrársela, tiene que parirse a la hegemonía y alumbrarse al estupor en el que el sistema mantiene a las masas con sus ídolos de telenovelas, comediantes, artistas plásticos producidos en serie, conductores, locutores, su fútbol, sus futbolistas y sus anuncios comerciales, al estupor de las idealizaciones y los estereotipos, del consumismo y el entretenimiento que las distrae de la reflexión crítica y reactiva sobre lo percibido como realidad en el mundo.

Brota entonces la pregunta sobre el modo de hacerlo cuando el filósofo es un paria, un marginado, un rebelde, un loco, un ser distante y abstracto...etéreo, cuando en la gente afloran deleznable miradas vacías efluidas de mentes huecas al escuchar las palabras filósofo o filosofía, cuando se prostituye el uso de esta última y se rebaja a una insulsa opinión esotérica y rebuscada de personas ebrias, incoherentes, estúpidas e ignorantes que se tienen a sí mismas por sabias, queriendo dejar a los filósofos como los únicos tontos que quisieron hacer de su carrera y forma de vida algo que todos tienen: una maldita opinión.

¿Cómo hacerlo cuando los medios son juez y parte y se acude a ellos para deslindar responsabilidades antes que a las “autoridades” de Estados fallidos, cuando ya no hay méritos ni credenciales necesarios para escribir un libro, ocupar un cargo político, ganar premios y condecoraciones con los que ya sólo se lucra e investirse como una autoridad cultural o intelectual, cuando los comunicadores y las figuras públicas son los “intelectuales” que dictan lo que está bien y lo que está mal, lo que es bello, valioso y signo de evolución cultural e intelectual y lo que no lo es y son sus opiniones lo que marca las tendencias ideológicas del momento, la ideología en boga, cuando la información noticiosa generada día con día es lo que es y puede decirse sin temor a equivocarse, que el mundo está brutalizado, envilecido, enloquecido, enajenado.... de cabeza?

Es la hora en la que no se ve por ninguna parte, vamos, ni siquiera se atisba en el horizonte, filósofo o grupo de filósofos que dispute las masas de manera frontal y directa al contubernio del poder. Por eso es preciso que los medios congruentes sean hallados de manera astuta y creativa. No debemos olvidar que las masas están constituidas por individuos, de tal suerte que las ideas, antesala de los actos, así como las enfermedades, se propagan inductivamente, es decir, de lo particular a lo general. Es el proceso de la historia natural de la enfermedad tanto como de las doctrinas a través de la historia misma. Luego, el objetivo primario de los filósofos no debe ser tomar por asalto inmediatamente la conciencia de las masas, sino la creación de “pacientes cero” que conduzcan eventualmente a la consecución de la conciencia colectiva, por ende, los filósofos deben ser el virus.

¿Quién no ha reparado en la inmersión patológica, dependiente, adicta, de la gente en su teléfono móvil?, ¿quién no ha notado la mercadotecnia y publicidad dentro y fuera de los mismos medios de comunicación masiva destinadas a la venta de dichos aparatos, renovándose rápidamente, una y otra vez, consiguiendo el éxito comercial en cada ocasión?, ¿y por qué? Porque los teléfonos celulares le dan al individuo el medio más cómodo para hallarse y definirse a sí mismo en el mundo, un medio que puede ser extensión de sí mismo, con el que puede ser uno y el mismo. La telefonía móvil significa Internet y una cámara ubicua, comunicación inmediata con el mundo y, por lo tanto, el alivio de pertenecer, hallarse y presentarse al mundo. “Clavado en su pantalla, es como el internauta habita el tiempo y el espacio de la contemporaneidad.”¹ He ahí entonces el medio de dispersión: Internet.

Internet se ha convertido en un ente omnisciente y omnipresente. A través de ella puede accederse inmediatamente al mundo, porque en ella está definido, contenido e identificado, más todavía, porque ella es el mundo y lo que está fuera de ese mundo no existe. La Internet es entonces una paradoja, un arma de doble filo, y como tal, debe ser aprovechada.

¹ D. Wolton, *Internet, ¿Y después?*, España, Gedisa, 2000, p. 113.

Tras lo expuesto en este trabajo, queda claro que ni la radio, ni la televisión, ni las instituciones educativas son espacio ya para la manifestación filosófica, pero insisto en que Internet curiosamente sí lo es, porque es ubicua y aún cuenta con espacios de libre acceso y difusión. Habiendo expuesto cuál es el fuego que hay que combatir y cuál es su combustible, en efecto, por contradictorio que parezca, estoy hablando de combatir fuego con fuego.

Quiero abrir aquí un espacio para hacer una reflexión del cine en particular como alternativa todavía viable a Internet para la divulgación de la crítica filosófica. Así como Internet, el cine es también una paradoja por su carácter ambivalente como medio de difusión masiva. Hollywood nos ha dejado claro que la mayor parte de la producción cinematográfica, que es evidentemente al mismo tiempo la más consumida, está al servicio de la hegemonía del sistema.

Sin embargo, también nos ha mostrado que una imagen dice más que mil palabras y que cuando esa imagen se concatena con otra y así sucesivamente, se puede presentar una idea poderosamente conmovedora y apelante, más aún si la acompaña una buena banda sonora.

El cine es entonces capaz de despertar una identificación, una inspiración y una simpatía tan potentes que pueden llegar a rayar en lo sublime y ser esencialmente transformadoras.

Obviamente no pienso en Hollywood como vía (aunque pudiese haber un guion excepcional, tan poderoso y comercialmente prometedor que las ganancias le importaran más a la industria *hollywoodense* que la crítica al sistema de la que Hollywood mismo es parte, como en el caso de las obras maestras cinematográficas subversivas que irónica o cínicamente Hollywood ha producido) cuando pienso en el cine, sino en el cine como tal, el cine en su conjunto, como todo el cine no *hollywoodense* que se produce en el mundo.

Creo conveniente señalar aquí que considero absolutamente necesaria no sólo una actualización de los planes de estudio de la carrera de Filosofía en los sistemas o modalidades en los que se imparte en la UNAM, sino también una reforma en cuanto a talleres de análisis de la contemporaneidad en los que los educandos tomen conciencia y se preparen transdisciplinariamente (comunicación, informática, cine por ejemplo) para lidiar con el escenario descrito en este trabajo y en cuanto a un filtro que permita seleccionar a aspirantes con un interés constructivo y trascendental en la carrera.

Quizá me equivoque en ver tanto a Internet y al cine como medios de comunicación masiva alternativos para la difusión de la crítica filosófica porque ambos estén ya también absolutamente restringidos por la hegemonía de los consorcios de medios de comunicación tratada antes aquí. De ser así, los filósofos tienen entonces la obligación de encontrar o crear los medios que sí lo sean, obligación que ha existido siempre pero que ahora parece diluirse y perderse de vista, tanto como que a través de la historia no ha habido mayor poder de cambio social que la voluntad de las masas.

Si hubiese de señalar una raíz del problema, sería la automarginación de los filósofos. Ellos mismos han sido también causa de lo causado, cómplices del *statu quo* con su autosuficiencia que ha conducido a este raquitismo, a este marasmo de la filosofía. No basta ya con que la crítica filosófica sea masiva, sino que debe ser viral, y para eso debe gritar, ser estridente, seductora, sediciosa, alarmante, profética, incendiaria... inignorable.

BIBLIOGRAFÍA

ARREDONDO, P., *Teleadicción infantil: ¿realidad o mito?*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1989.

BUMAN, Z., *Vidas deperdiciadas: la modernidad y sus parias*, Barcelona, Paidós, 2005.

CAÑAS, J. L., *Gabriel Marcel y el hombre contemporáneo*, Madrid, UCM, 2001.

DAVY, M., *Gabriel Marcel, un filósofo itinerante*, Madrid, Gredos, 1963.

DEL AGUA, J., “El “mundo roto” en la filosofía de Gabriel Marcel”, en *Dos centenarios filosóficos: Martin Heidegger-Gabriel Marcel*, Madrid, UNED, 1989.

ELLUL, J., *El siglo XX y la técnica*, España, Labor, 1960.

FISCHER, K., *Historia de los orígenes de la filosofía crítica*, en KANT, I., *Crítica de la razón pura*, México, D. F., Colofón, 1989.

FREUD, S., *El malestar en la cultura*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

Psicología de las masas y análisis del yo, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

HALLORAN, J. D., *Los efectos de las comunicaciones de masas*, Buenos Aires, JAE, 1969.

MARCEL, G., *Filosofía para un tiempo de crisis*, Madrid, Guadarrama, 1971.

Los hombres contra lo humano, España, Caparrós, 2001.

El mundo quebrado, Buenos Aires, Losange, 1956.

MARX, K. Y ENGELS, F., *La ideología alemana*, Buenos Aires, Pueblos Unidos, 1973.

MEYER, H. J., *La tecnificación del mundo*, Madrid, Gredos, 1966.

- NOBLE, D. F., *La religión de la tecnología*, España, Paidós, 1999.
- REALE, G., *Historia del pensamiento filosófico y científico*, Tomo III, Madrid, Herder, 1995.
- ROSSI, P., *Los filósofos y las máquinas 1400-1700*, España, Labor, 1970.
- SÁEZ RUEDA, L., *Movimientos filosóficos actuales*, Madrid, Trotta, 2001.
- TAYLOR, C., *La ética de la autenticidad*, Barcelona, Paidós, 1994.
- UNESCO, *La Filosofía, una escuela de la libertad. Enseñanza de la Filosofía y aprendizaje del filosofar: la situación actual y las perspectivas para el futuro*, París - México, UNESCO - UAM, 2011.
- URABAYEN, J., *El pensamiento antropológico de Gabriel Marcel*, España, Universidad de Navarra, 2001.
- VALQUI C., Y PASTOR C., “Contribución a la crítica de la enajenación y dictadura mediática imperialista” en *Capital, poder y medios de comunicación: Una crítica epistémica*, Perú, UPAGU, 2009.
- VERÓN, E., *Construir el acontecimiento*, Buenos Aires, Gedisa, 1983.
- VINCENT, G., *Historia de la vida privada*, Tomo 5, España, Taurus, 1999.
- WOLTON, D., *Internet, ¿Y después?*, España, Gedisa, 2000.
- WRIGHT MILLS, C., *La élite del poder*, México, FCE, 1957.

HEMEROGRAFÍA

BAÑUELOS, J., “Videovigilancia en la sociedad panóptica contemporánea”, en *Revista electrónica en A. L. especializada en tópicos de la comunicación*, febrero-marzo del 2003.

FAIR, H., “Para una crítica a los medios masivos. Consideraciones a partir del caso argentino”, en *Revista de Ciencia Política*, número 12, marzo, Buenos Aires.

RICALDE, E., entrevista en revista *Alternativa*, México, UAM-Xochimilco, 1979.

SANTANDER, J. R., “Desarrollo moderno y nihilismo”, en *Elementos*, BUAP, No. 38, Vol. 7, junio-agosto, 2000.

VARGAS LOZANO, G., Reflexiones sobre la situación actual de las humanidades y la Filosofía, en www.cecies.org/imagenes/edicion_485.pdf, marzo del 2013.

Los desafíos de la Filosofía para el siglo XXI, en *Eikasia, Revista de Filosofía*, año V, 33, julio del 2010.